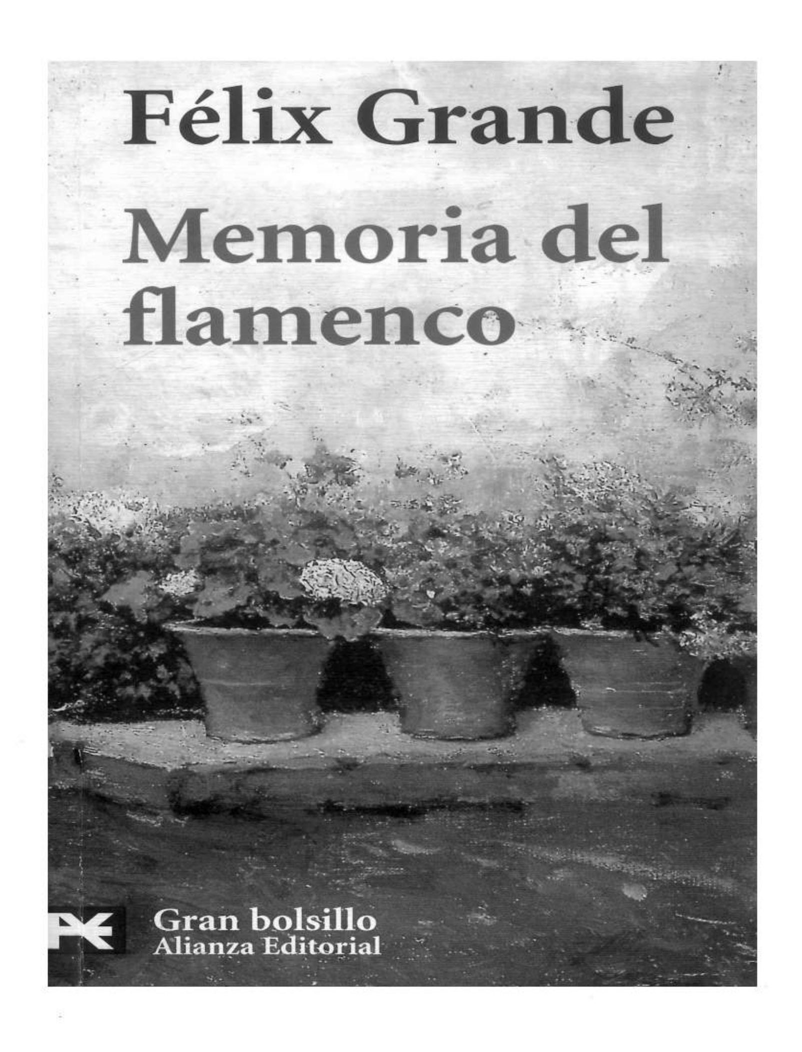


(Junto a la fuente de los Albarizones, o en el camino que une a ese lugar con las afueras de Jerez, o tras alguna puerta del barrio de Santiago, o en un senderito cercano a Mairena del Alcor o a La Puebla de Cazalla o a Utrera o a Lebrija, o dentro de una casita de Carmona, de Ronda, de Morón, de Sanlúcar, o en un recinto de Triana, o al pie de Puerta de Tierra, o en alguna casita de Conil, de Vejer, de Chiclana, de San Fernando, de Arcos, del Puerto de Santa María, o en alguna cueva de Alcalá de Guadaira, o en alguna celda de una cárcel del Sur. Allá, por allí, a alguna hora de la tarde serena, de la noche estrellada, de la madrugada melancólica, Tío Luis el hijo de la Juliana o Tío Luis el Cautivo o algún otro gitano primordial del cante, o una mujer oscura y acosada por los años y la presión de la memoria, están cantando la toná grande o la toná del

Cristo o alguna siguiriya inicial con palabras que aluden al presidio, al hermano arrebatado por terminantes alguaciles, a la madre que ha muerto dejando un alvéolo pavoroso en el fondo de la memoria familiar. Mientras el siglo XVIII avanza hacia su fin por la vieja tierra andaluza, algún muro de piedra natural de Alcalá de Guadaira, algún cuarto en sombra del barrio gitano de Jerez de la Frontera, algún oscuro espacio de Triana, algún camino de Sevilla o de Cádiz, están escuchando con silencio geológico una voz que cuenta una desgracia familiar, un muerto inolvidable, una tensa espera con los ojos puestos en las tapias de un macizo presidio. Las palabras de ese cante se cargan de sombra brillante, de sugerido llanto, de oculta rabia y sosegada pena. Los melismas llevan la palabra hasta un palacio de dolor y pobreza, los cortes en seco hunden la voz en la turgente sima de la angustia, la virilidad de un tercio ascendente y continuado va poniendo la firma a un documento de rabia temerosa. La voz se mueve en la garganta como un caballo herido, reseco de trabajo y nobleza. La voz sale al espacio como un animal ciego, tentando la pared, la cortina del cuarto, la vasija de vino memorioso, el vaso que una vieja acerca con parsimonia a sus encías. Dónde están, Tío Luis, tus cenizas. Dónde están las cenizas de la Juliana. La toná va creciendo en el segundo tercio, arrojando cenizas y algún que otro tizón que la memoria no quiso abolir. En dónde están, Tío Luis, tus cántaros. La toná antepasada se llena de agua tibia, parecida a la lágrima, y entre uno y otro tercio van quedando en el suelo de tierra diseminados huesos, goticas de licor de herida, arruguitas de cicatriz, la cara en sombra de la madre en sombra. En el tercio tercero la pena del cantaor sube hacia el techo o el espacio tirándole del cuello, y el sonido que sale de ese cuello como de una caverna se va haciendo vasto y maltrecho, convirtiéndose poco a poco en tendón. Qué se ha hecho de tus faldas, Juliana, de tus blusas, de tu blanco pañuelo de novia historiado por tres étnicas flores rojas. Ay qué secretos tiene el tiempo, qué secretos tiene el dolor. En el reloj oscuro de ese cante reflexionado y repentino ha enpezado a moverse un latido que le atosiga la garganta al gitano. Respira, tío, por lo que más quieras, vas a tener que respirar. Cálmate, tío, abreva tu fatiga en este vino de los pobres. La toná ya está arriba y tío no nos escucha, no nos ve: tiene ya el cuello reventón, colorado, y sus cuerdas parecen vivas y sus venas parecen vivas, y nos están mirando todas las cosas vivas de ese cuello, y nos están mirando las cenizas de la Juliana. La Muerte es brasa, tío. Mete las manos, tío, por entre el agua de los cántaros, refresca un poquito tu historia, danos un vaso de descanso. Con los ojos cerrados, apretados, cosidos, con las manos agarrotadas y abundantes

como cepas de viña, el gitano viaja desde su vida hasta su ser, empujando el oscuro asteroide de la toná con su laboriosa grandeza, con su temblor central, con el seísmo de esa pregunta que es un cante, esa escalofriante pregunta que no tiene contestación. Dónde está tu madre, Juliana, dónde están las cenizas de tu abuela. Dónde está la justicia, tío. Dónde descansan para siempre los huesecitos fatigados de la Juliana, tío. Y en el asa del jarro que contiene a ese vino alguien iza una bandera de desdicha y de orgullo, una bandera astrosa que ha empezado a moverse como un girón de saya: mirad ahí vuestra ropa, cenizas de Juliana; mira el pañuelo con sangre reseca, tu pañuelo, gitano presidiario, que se quedó en el suelo de la calle en que vinieron a prenderte; mira ahí tu trozo de camisa, tío. Qué redondo es el tiempo al pie de esa bandera que se mueve con misteriosa mansedumbre. Y qué llena de fibras y tendones y ceniza y memoria esta toná que ahora, con un dejo secreto, como el alarido que se apaga en la cueva distante, va cesando, va terminando, va dejando en la almendra de nuestra carne un lametón bovino, una caricia ciega, un momento inmortal. Dónde están, tío, los ojos dulces de tu madre muerta. En dónde están tus primos, Juliana. Qué fueron, qué se hizo. Con sus sandalias despaciosas y ancianas, el siglo va pisando las tierras de la Baja Andalucía mientras suena la fuente de los Albarizones y un gitano que acaba de cantar mira en silencio a la pared como mirara a un horizonte, o mira al horizonte como mirara a una pared.)

